

Sobre el caballito de sándalo

Andrea Aguilar-Calderón



Sobre el caballito de sándalo

Andrea Aguilar-Calderón

Esta novela, como todas las de la serie *Sobre el caballito*, son totalmente autobiográficas. Como consecuencia, son totalmente subjetivas. El propósito es relatar mis experiencias tal y como sucedieron. Al final, cada quien cuenta cómo le fue en la feria. Tan solo el orden de algunos acontecimientos y unos pocos nombres han sido cambiados.

Índice

Prólogo

Parte I: De cómo llegué a la India y de cómo nació este libro

1. No soy tan buena como J.K. Rowling, pero bueno...
2. El día en que cambió mi vida
3. El momento en que me subí al caballito
4. De cómo finalmente llegué a la India y me cagué del miedo

Parte II: India

1. Cuando todo lo que podía salir mal sale, efectivamente, mal (Delhi)
 - Paseo por Delhi 101
 - El día en que decidí estar sola
2. Capítulo tibetano (McLeod Ganj)
 - De cómo el monzón me llevó al Tíbet en el exilio
 - Triste historia tibetana (o algunas razones para odiar el estadio nacional)
 - Encuentro cercano con el Dalai Lama
3. Aún más hacia el norte (Manali, Leh, Amritsar)
 - El paisaje más espectacular que haya visto en mi vida
 - Diez curiosidades que te sorprenderán del fascinante mundo de los sijs y del increíble Templo Dorado (¡No podrás creer la número 10!)
 - Crónica del cierre de una frontera
4. India cruda (Agra, Varanasi)
 - Has pasado mucho tiempo en India si...
 - El Taj Mahal
 - La muerte flotando en el río
 - Ser mujer en India

Parte III: Nepal

1. Vacaciones de la India (Katmandú)
 - Paseo por Katmandú 101
 - Siempre he encontrado algo de consuelo en los dormitorios femeninos
2. Trilogía de encuentros cercanos del tipo paquidérmico (Chitwan)

3. Esto no se ha terminado (Pokhara)

Parte IV: India round 2

1. Pero bueno... yo quería regresar a India (Calcuta)
2. Ciudades de colores (Jaipur, Jodhpur, Jaisalmer)
 - La ciudad rosa
 - La ciudad azul
 - La ciudad dorada
 - Del desierto a la Vía Láctea
 - El amanecer en que ya no me fui
 - Qué difícil es querer a un soldado israelí
3. En la ciudad de los palacios y de los lagos (Udaipur)
4. Noche de Diwali (Mumbai)
5. Esta, una de las etapas más felices de mi vida (Goa)
 - Sale el sol
 - Diarios del *scooter*
 - La disco silenciosa
 - *It's just another day, for you and me, in paradise*
 - El ocaso

Epílogo

One day, baby (Kerala)

Prólogo

Viernes 26 de julio, 2013

Estimados lectores:

La verdad, estoy aterrada. Creo que la gente piensa que soy una persona fuerte, pero en realidad soy mucho más débil de lo que aparento. No esperen que este sea el mejor escrito, pero necesito hacer un poco de catarsis.

Ayer llegué a Nueva Delhi. Me vine por impulso, la verdad, con muy poco dinero. No podía seguir más en Europa, sin trabajo. Tomé la decisión de venir aquí porque es más barato, mientras ocurre un milagro y consigo un empleo como escritora, como traductora o como barrecaños.

En fin, llegué a Nueva Delhi a las tres de la mañana. Doce horas de viaje, desde Múnich, pasando por Moscú. En el aeropuerto de Moscú tuve que correr. Me perdí del grupo de conexión de mi vuelo porque de verdad tenía que ir al baño. O sea, me cagaba y duramos tanto en aterrizar en Moscú, y no me podía liberar del cinturón de seguridad. Tuvo que ser el aterrizaje más largo de la historia. Cuando regresé, asumo que me metí por el lado equivocado, porque tuve que hacer fila con un aterro de vietnamitas y volver a pasar por todos los controles de seguridad de nuevo. Casi pierdo el avión, pero bueno, llegué.

Cuando llegué a Nueva Delhi, no tuve más remedio que acostarme en el piso a dormir en el aeropuerto. En Nueva Delhi no es recomendable para una mujer andar sola de noche. Así que nada, tuve que esperar a que apareciera el sol para protegerme y medio me dormí abrazada a la mochila, por si las dudas. Me despertó un mae¹ que me atropelló con un carrito, procedente de un vuelo de no sé dónde, porque la ciudad que ponía en el cartel nunca la había escuchado nombrar en mi vida.

Al salir del aeropuerto, eran las seis y media de la mañana y ya el calor era brutal. Un empujón térmico que me quiso devolver adentro. Tenía la dirección del hostel y nada más, con una idea más o menos de cómo llegar, pero qué va: las direcciones aquí son bastante nulas para un extranjero, la venganza kármica de vivir en Costa Rica, where the streets have no name.²

¹ Tío, boludo, chero, güey, etc. según su ubicación geográfica-lingüística en el mundo hispanohablante.

² Donde las calles no tienen nombre.

Me animé a tomar un taxi. Afuera había una casetilla de taxis de la policía y eso me dio confianza.

Todo lo que hayan escuchado sobre el tráfico de la India es verdad, o diez veces peor. El mae, literalmente, se iba matando. No dejan de pitar ni un segundo. Es una conducción más sónica que visual, porque no creo que sepan ni por dónde van. Me recordó un poco a la primera escena de la India en Comer. Rezar. Amar cuando la protagonista llega, aunque las comparaciones son odiosas y yo odio esa película también. Yo casi no como, no me veo mucho rezando (aunque debería) y no creo que vaya a encontrar el amor por aquí.

Cuando por fin llegué al hostel, resultó ser que está ubicado dentro de un mercado. “¡Mae, no me diga que es aquí, que me tengo que bajar aquí, que usted, señor taxista, me va a dejar aquí!” fue lo primero que se me ocurrió al ver por la ventana del carro. Pero sí. Pregunté por la dirección y era un callejón estrecho y oscuro, por el que si apenas puede caminar una persona a la vez (luego descubrí que también puede haber una vaca). Casi sentí cómo los pantalones se me humedecían: me cagué del miedo.

A mi alrededor había una muchedumbre en plena mañana de jueves. Motos, bicicletas, rickshaws o como se escriba. Es caótico. Imagínense el mercado Borbón,³ pero diez veces peor. Había mierda por el pasillo cada dos metros, no sé si de vaca o humana. Tal vez mía, porque de verdad que casi me cagué del miedo; si es que no me había pasado en el avión hacia Moscú, este era el momento. A todo esto, la regla me vino justo el día en que me venía para la India. Genial.

Llegué al hostel, que resultó ser un cuchitril de mierda, administrado solo por hombres sin sonrisa. Me dijeron que el check-in era al mediodía, pero que podía descansar en un cuarto. Seguro me vieron la cara de espanto.

El cuarto era espartano, por decir lo menos. Un ventilador en el techo, las paredes descoloridas, un baño al cruzar el pasillo donde la mierda se salía de los confines del inodoro... Con todo, estaba tan extenuada que me acosté a dormir.

³ Mercado ubicado en San José, Costa Rica, caracterizado por su caos, para referencias criollas costarricenses.

Al mediodía me pasaron a un cuarto mejorcito. De él salió un mae a toda prisa y ni siquiera se molestaron en cambiar las sábanas, que quedaron ahí con las manchas marrones de alguien más. Una cortina cubre una pila de basura de más o menos un metro de alto entre donde está el televisor y la ventana (sí, hay televisor, pero ni idea si funciona). La ventana está rota a todo esto y por ahí se asoma gente de vez en cuando, así que trato de mantenerme al margen.

Intenté dormir, pero no pude. Me entró la crisis. La crisis nerviosa de verdad. No me sentía lo suficientemente fuerte para hacer esto. Yo he viajado sola ya por muchos países. Pero esto me supera. Sobre todo, cuando me doy cuenta de que son doce horas de diferencia entre Costa Rica e India. Estoy completamente sola en el otro lado del mundo. Este es el otro lado del mundo, de verdad. Literal.

Lo que más me intimida es la enorme cantidad de hombres en las calles. Es como si aquí casi no hubiera mujeres y me da miedo no saber las reglas de esta sociedad. Por ejemplo, no sabía que está mal visto ver a una mujer fumando. De hecho, no he visto a nadie fumando hasta el momento. Supongo que aquí hay muchas posibilidades de morirse como para también echarse encima el cáncer. Y ahí iba yo fumando, por el mercado, o bazar como le llaman a esto. Yo y mis brillantes ideas.

Traté de calmarme y me puse a leer sobre la India, para informarme. Sí, porque de bruta ni siquiera me tomé mi tiempo para leer antes. Cuanto más leía, más me aterraba. Es como otro planeta. Y yo no tengo casi ni idea. No tengo ni idea de cómo se reservan los trenes, ni los buses, ni nada. Es supercomplicado. Y siento que no puedo confiar en nadie, porque en este hostel te tratan de sacar plata por todo. De hecho, cuando leo los comentarios en las páginas web, me parece que están alterados, porque al menos esta cuartería en la que estoy no corresponde casi PARA NADA con lo que leí en internet, no solo la descripción, sino los comentarios de los supuestos clientes. Todo es mentira. O sea, siento que no puedo confiar ni siquiera en lo que me dice la gente que me rodea, lo cual es una soledad aterradora.

Para las siete de la noche, estaba buscando vuelos de regreso a Costa Rica y pidiendo dinero prestado. Estaba histérica. Realmente histérica. Sentía

que de verdad no podía seguir más. No podía más sola. He aguantado muchas cosas sola. Nunca he sentido TANTO la necesidad de tener a alguien, sobre todo a un hombre, a mi lado. Era, en ese momento, la imagen misma de la soledad, aquí en esta cuartería de mierda, al otro lado del mundo, histérica.

Me puse a hablar con todo el mundo que se me atravesó en Facebook y en Skype. Mi hermano, mi mamá, mi tía, mis excompañeros del trabajo, mi amigo Johannes en Austria, mi amiga Sandra en España, Priyanka, una amiga india que conocí en Berlín... Al final hice el berrinche por tres continentes.

Hasta anoche estaba convencida de que me iba a devolver a Costa Rica y que JAMÁS, NUNCA en mi vida volvería a viajar sola. Me quedaría ahí de nuevo, arrodillándome ante la realidad, ante mi destino de ser mujer: por muy liberal que seas, no se te permite hacer todo lo que querás. Ser hombre es mucho más fácil, más allá de que siempre pueden abrir todos los frascos de pepinillos que quieran. Y no se pueden cumplir los sueños, menos, mucho menos, cuando te dedicás a escribir. Me puse a repasar mi vida y llegué a la conclusión de que todo se debió a que a partir de cuarto grado me tocó una pésima maestra de matemáticas y, desde entonces, odio los números, lo cual me cerró el camino hacia profesiones más lucrativas y me dejó solo con un montón de letras inútiles, que no le hacen bien a nadie.

Esta mañana me desperté jurando no salir en todo el día hasta poder comprar el boleto de regreso a casa. Pero tenía hambre. El día anterior no había comido casi nada, solo unas galletas y ya de noche no me atrevo a salir. Además, toda la comida que no fuera empacada me generaba desconfianza absoluta y el menú aquí en el mercado no es muy variado que digamos. ¿Cómo putas voy a sobrevivir solo comiendo galletas?

Pero bueno, tenía que salir sí o sí. Me arreglé lo más decente que pude, agarré todos mis objetos de valor del cuarto y me fui asfixiándome por la fuerza con que me amarré las correas de la mochila. Intenté salir por un pasillo (esto del bazar es un laberinto) y mae: me encuentro con una vaca echada en medio del camino. La verdad me dio un poco de risa, porque estaba ahí, supertranquila, iluminada por un rayo de sol. Nunca he deseado tanto ser vaca en mi vida.

Di media vuelta (porque aquí la vaca tiene prioridad) y me aventuré por otro pasillo hasta que llegué a un restaurante bastante aceptable, donde me senté a tomar un café. Intenté comerme un sánduche, pero la comida no me pasaba. Y, de repente, me di cuenta de que había tres mujeres más, solas, sentadas en el restaurante, extranjeras. Ahí, tan tranquilas, leyendo.

Entonces me cacheteé: no. Yo no me voy a devolver. Yo no soy cobarde. Tal vez no sea lo suficientemente fuerte, pero tengo que tratar. He soñado con venir a la India toda mi vida. Y si me regreso a Costa Rica ahora, las probabilidades son de que nunca pueda volver por estos lados. Aparte de eso, pasé diez días en Berlín esperando por la visa para India, sin salir del hostel y comiendo sánduches para gastar lo menos posible. Ya compré el tiquete y ya que la cagué, la voy a hacer hedionda. Y si bien es cierto que cada vez que veo a una pareja viajando juntos siento ganas de llorar de lo sola que me siento, y de lo mucho que envidio a esa mujer por tener a alguien con quien recorrer el mundo, ni modo: este es el mazo de cartas que me tocó y dentro de todo, tengo mucha suerte.

Así que aquí estoy. Tengo miedo, mucho miedo. Creo que nunca he tenido tanto miedo en toda mi vida. Pero me lo trago con la taza de café y hoy salgo a la calle, me subo en el vagón del metro destinado para mujeres (una de las pocas ventajas de las que se puede disfrutar aquí, considerando lo ATESTADOS que van los vagones para hombres) y me voy a ver el Fuerte Rojo y la mezquita más grande de India. Si esto fuera fácil, la India estaría llena de mujeres solas como yo, viajando, y serían los vagones femeninos los llenos hasta la mierda. No, no es fácil. Pero no seré ni la primera ni la última mujer que venga sola a India.

No sé si vaya a poder escribir tanto como había pensado. Tengo que ir planeando el viaje, buscar hostales, trenes, buses y aprender, sobre todo, cómo se vive en esta cultura. Además, tengo que seguir buscando trabajo; me salen algunos artículos de vez en cuando por los que gano una cuecha,⁴ pero todo hueco es trinchera.

⁴ Escupitajo.

Este es mi peor escrito estéticamente. Tiene lugares comunes por todas partes, repeticiones, cero analogías... Usualmente escribo así primero y luego me pongo a retocar, pero bueno, esto va como una catarsis, una diarrea verbal o como se les ocurra a ustedes llamarlo mejor que a mí.

Así que, por el momento, la protagonista del libro sigue en la novela.

El caballito de sándalo comienza a mecerse.

Posdata: mientras terminaba de escribir esto, me di cuenta de que, por mi cama, estaba corriendo un ratón. :p